

OCTAVO ENCUENTRO: «LOS ESPACIOS DEL HOMBRE Y DEL ESCRITOR EN BORGES»

María Kodama*
Alicia Lidia Sisca**

NOTA DEL EDITOR

La señora María Kodama y la doctora Alicia Sisca tuvieron a su cargo el cierre del II Seminario Internacional de Lengua, Literatura y Procesos Culturales *Espacio, Territorio, Región*, realizado en la Universidad de Caxias do Sul, Rio Grande do Sul, Brasil, del 19 al 21 de mayo de 2014. Ambas mantuvieron una conversación que había comenzado en el octavo encuentro de escritores de nuestro ciclo y culminó en el citado seminario. He aquí la transcripción.

Alicia Lidia Sisca. — Apenas comencé a leer las obras de Borges me sentí atraída y hallé en ellas un lugar de comunicación acogedor. Ese lugar, misterioso y cómplice, que el escritor crea tal vez sin proponérselo. Es que me atrajeron sus ensayos, cuentos y poesías, y también su estilo, concentrado e intenso.

Asistí a todas las clases y conferencias que pude, incluidas dos que, en la década de 1980, organicé para la Escuela de Letras de la Universidad del Salvador de Buenos Aires. En una se refirió a Leopoldo Lugones y, la otra, fue sobre la metáfora. Al mismo tiempo, como docente, transmití en la cátedra mi pasión por sus narraciones, textos críticos y poemas. Pero enriquecida por las conversaciones que he mantenido con María últimamente, siento que ese acercamiento a Borges es más completo y cálido porque el azaroso encuentro que me unió a ella, la llana comunicación que creamos entre ambas y su generosidad me lo permitieron. Descubrí al ser humano Borges y redescubrí al otro, el escritor.

Mi intención es que nuestra conversación de hoy les permita compartir algunos

* Fundadora y presidenta de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges.

** Doctora y Profesora en Letras por la Universidad del Salvador (USAL). Profesora emérita de la USAL.

Gramma, XXV, 53 (2014), pp. 147-162.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

aspectos de la vida y la obra de Borges que María Kodama ofrece, siempre con delicadeza y discreción. Ella desea amorosamente brindarlos a todo aquel que, como ustedes, desee respetuosa y cálidamente homenajearlo.

Luego de la presentación que va a hacer María acerca de los espacios del hombre y del escritor en Borges, estableceremos el diálogo previsto y, finalmente, ofreceremos la posibilidad de que todo el que quiera preguntar algo más, pueda hacerlo.

Entonces ahora, la señora María Kodama, como cierre del II Seminario Internacional de Lengua, Literatura y Procesos Culturales, se va a referir a uno de los temas propuestos en este: «El espacio en algunos cuentos de Borges».

María Kodama. — Ante todo, quiero decir que para mí es un honor y un placer estar con ustedes y me gusta la idea de poder tener un diálogo luego. Es para mí también un honor haber iniciado una lindísima amistad con la Dra. Alicia Sisca y ahora conocer a los directivos de esta universidad.

A mí me resultó una sorpresa, algo muy interesante y, como con Alicia siempre hablamos de las coincidencias, una enorme coincidencia cuando me dijo que este seminario internacional era sobre la lengua, la literatura y los procesos culturales en el espacio, en el territorio y en la región. El deseo de reunir los procesos culturales en el espacio, el territorio y la región parece una paradoja. El hecho de delimitar el espacio, el territorio y la región, en realidad, es un desafío para cruzar las divisiones, profundizar las cosas semejantes y para no limitarnos o enfrentarnos por las diferencias. Todo esto trae, digamos agregada, la importancia del lenguaje, de la palabra que nos hace seres humanos y que nos permite el diálogo profundo, el diálogo esclarecedor con el otro, con el diferente, con el igual. Las letras, las palabras, las ideas son la base que puede hacer que logremos una sociedad que busque colaborar con el otro para construir lo que creo todos deseamos y parece casi imposible de conseguir, la paz.

Bueno, para comenzar mi tema, que es sobre los espacios del hombre y del escritor en Borges, elegí un verso de un poema suyo que dice: «Espacio y tiempo y Borges ya me dejan». ¿Qué significa esto? Son dos términos que convergen en él o son tres términos entre los que Borges también forma parte como algo separado de su esencia. Aquí nos encontramos con la eterna dualidad a través de su obra, Borges y yo, la distinción entre el hombre público, el escritor, y el hombre privado. Borges juega con esta distinción como piezas de un eterno ajedrez. Los términos «Borges y yo» son como las elegantes piezas blancas y negras de ese juego que lo fascinaba.

Espacio y tiempo, términos presentes a lo largo de su obra, unidos a dos temas recurrentes: el laberinto y los libros. Borges, en una conferencia pronunciada en la Universidad de Belgrano, que reunió un ciclo de conferencias bajo el título «Borges oral», dice: «Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde

el día que fue escrito y nosotros». Aquí atribuye al libro la mágica potestad de hacernos sentir una suerte de eternidad, sin la división pasado, presente, futuro.

El tema del libro unido al espacio y al tiempo podemos encontrarlo, por ejemplo, en «El jardín de senderos que se bifurcan», de 1941, en «El libro de arena», de 1975, y en «Las hojas del ciprés», que está en *Los Conjurados*, de 1985.

En «El jardín de senderos que se bifurcan», la trama se desarrolla durante la Segunda Guerra Mundial. El espía Ts'ui Pên tiene que dar a conocer a los alemanes qué ciudad deben atacar. Piensa que, dando muerte al conocido sinólogo Stephen Albert, dada la publicidad que tendrá ese crimen, revelará a los alemanes qué lugar deben atacar. En la casa del sinólogo Ts'ui Pên, tendrá la revelación del enigma que su antepasado dejó al decir que se retiraba a edificar un laberinto y a escribir un libro. Descubre allí que libro y laberinto eran lo mismo. El libro era una novela caótica con diversos tiempos, diversos porvenires, diversos espacios que se aceptan todos y que todos, a su vez, se bifurcan en innumerables alternativas. El libro-laberinto sería una inmensa adivinanza o parábola cuyo tema es el tiempo y el espacio.

En «El libro de arena», el narrador en primera persona vive solo. Una tarde lo visita un desconocido que vende libros, sobre todo biblias. El protagonista las rechaza y dice que tiene muchas, incluyendo la primera edición de John Wiclif. Entonces el hombre le muestra un libro sagrado adquirido en la India. Se trata de un libro único, que no tiene primera ni última hoja y que no admite una segunda lectura cuando se lo abandona, porque es imposible hallarlo otra vez. Se trata de un libro infinito. El vendedor se lo había comprado a un nativo por algunas rupias y una biblia. Lo llamaban «el libro de arena» porque ni la arena ni el libro tenían principio ni fin. Infinitos granos e infinitas hojas en ellos. El protagonista se lo compra. Con el paso de los días «el libro de arena» lo encierra en su monstruosidad de objeto único, sin principio ni fin, ni orden en el número de sus páginas. Lo tortura la idea de no poder desprenderse de él. De pronto se le ocurre abandonarlo en el húmedo anaquel del sótano de la biblioteca de la calle Méjico, donde había trabajado hasta su jubilación. El protagonista dice que nunca más se atrevió a pasar por la calle Méjico. De nuevo está presente aquí, como en otros cuentos de Borges, la prisión de lo infinito, sin comienzo ni fin, que solo puede abandonar su poseedor cuando se lo transmite a otra persona o se lo abandona en algún lugar.

Sin embargo, este tema está presente en otro de los cuentos de Borges, como en «Tigres azules», en el que son piedras mágicas las que se reproducen también infinitamente, y en «La memoria de Shakespeare», aunque en este último caso, la obsesión por la moneda mágica no abandona a su poseedor cuando la deja en un boliche (que es una especie de bar) a cambio de una caña (de una bebida que en la Argentina llamamos caña).

En su último libro, *Los Conjurados*, de 1985, nos dejó un relato extraño, fantástico, «Las hojas del ciprés», donde se mezclan el espacio del sueño y de la realidad, la vida y la muerte, en dimensiones que van entrecruzándose. En la habitación del soñador protago-

nista, que relata su experiencia en primera persona, entra un enemigo, su único enemigo, y le comunica su próxima ejecución. Sin explicaciones le ordena acompañarlo. Buscó el condenado la protección de un objeto familiar y le pidió a su enemigo permiso para llevarse un libro. Eligió un tomo de Emerson. En la calle aguardaba un carruaje. Conviene aclarar que eso ocurrió una noche de abril de 1977, vale decir que en el sueño el narrador se ha ido a otro tiempo, al pasado, a otro espacio, a un Buenos Aires de casas bajas e iguales. Se le ocurrió que el carruaje había llegado al Sur. Divisó el reloj de una torre sin guarismos ni agujas en su esfera. Estaban ya en un lugar con canteros y muchos árboles. Al pie de uno de ellos, su enemigo le ordenó que se acostara en el suelo, de espaldas, con los brazos en cruz. El árbol, que el condenado asoció con su muerte, era un ciprés. Él recitó un verso famoso: *Quantum lenta solent inter viburna cupressi*, «Qué flexibles los mimbres entre los cipreses». Con esto el narrador, y acá tenemos lo que decíamos antes también, se identifica con Borges no solo citando la dirección de su casa, la esquina de Charcas y Maipú, sino también con el orgullo de ser un buen latinista, citando las *Bucólicas* de Virgilio, en este caso, la I, 5.º- 25, donde los cipreses son un elemento de comparación con Roma, que sobresale entre las demás ciudades. El árbol de su muerte, el ciprés, tenía, dice Borges, hojas rígidas, iguales y lustrosas, de materia muerta. Lo tranquiliza que su enemigo no hubiera notado esas hojas ni la esfera en blanco del reloj que había visto durante el trayecto. Comprendió que podía salvarse. Hizo un esfuerzo grande. Soltó el talismán y apretó el pasto con las dos manos. Se despertó. Al día siguiente notó que faltaba en el anaquel el tomo de Emerson. A los diez días, le dijeron que su enemigo había salido una noche y nunca regresó. Quedó aprisionado en el espacio del sueño, en lo onírico, con el reloj sin hora y el ciprés falso. En el prólogo de 1979 a «Borges oral», ya citado, Borges considera al libro un instrumento sin el cual no puede imaginar su vida. Pero el soñador sabía que debía salir de ese espacio, de la pesadilla. Debía huir de la *nightmare*, como la denomina la lengua inglesa. Sabía también que un libro se podía recordar, reemplazar y que la vida era lo único que permitía la existencia de la sabiduría del libro. La vida estaba en ese pasto que aferraron sus manos, no en todo lo otro, todos los símbolos creados por su subconsciente de poeta que quedaron en ese espacio del sueño.

Para terminar y comenzar entonces con las preguntas voy a leer, del libro *Historia de la noche* (1977), el poema «Un libro»:

Apenas una cosa entre las cosas
 Pero también un arma. Fue forjada
 En Inglaterra, en 1604,
 Y la cargaron con un sueño. Encierra
 Sonido y furia y noche y escarlata.
 Mi palma la sopesa. Quién diría
 Que contiene el infierno: las barbadas

Brujas que son las parcas, los puñales
 Que ejecutan las leyes de la sombra,
 El aire delicado del castillo
 Que te verá morir, la delicada
 Mano capaz de ensangrentar los mares,
 La espada y el clamor de la batalla.

Ese tumulto silencioso duerme
 En el ámbito de uno de los libros
 Del tranquilo anaquel. Duerme y espera.

— **Con tus palabras de escritora y con las palabras de este poema, me animo a decir que tenemos la sensación de que Borges estuviera aquí. En este clima íntimo, creado también por tu presencia, quiero leer algo que Borges coloca precisamente en el prólogo de Los conjurados: «Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos, un instante, en el paraíso». María, ¿cómo era Borges en la cotidianidad?**

—Borges era una persona muy sencilla, era tímido pero comunicativo. Hay una anécdota que es lindísima. En Buenos Aires todos los choferes de taxi lo adoraban y muchas veces no le cobraban los viajes; claro, porque él entraba y les preguntaba, por ejemplo, «Bueno, ¿la vida cómo está, está cara? Con su familia, ¿cómo hace para mantenerla?». En fin... entraba en un diálogo fácil con ellos y ellos, apreciaron siempre todo eso durante muchos años. Incluso, después de que él había partido, conmigo pasa lo mismo y todavía hoy me dicen que lo recuerdan mucho. Era una persona muy querible.

—**Y con respecto a la escritura, ¿cómo era su modo de trabajar?**

—Muchos de los cuentos de Borges son sueños que tuvo. Él soñaba y tenía la suerte de recordar el sueño. Se daba baños de inmersión y allí él pensaba el sueño que había tenido y que recordaba. Entonces decidía: si el sueño no servía para nada lo descartaba; si servía, pensaba si era para un cuento o para una poesía. Una vez que tenía eso fijo, comenzaba a dictar, pero luego corregía y corregía. Esa reescritura en él era permanente. Incluso en vida de él, si ustedes leen una obra en distintas ediciones, hay cambios y hay que reconocer que volvía locos a los editores.

—**La relación de Borges con la literatura comenzó a muy temprana edad: a los cuatro años ya sabía leer y escribir no solo en español, sino también en inglés. En una oportunidad dijo: «Si tuviera que señalar el hecho capital de mi vida, diría la biblioteca de mi padre. En realidad, creo no haber salido nunca de esa biblioteca. Es como si todavía (era 1971) la estuviera viendo...». ¿Cómo incidió en Borges, escritor y hombre, su contacto con los libros?**

—Bueno, yo creo que eso fue, para Borges, fundamental. Su padre era abogado, pero al

quedar ciego, tuvo que dedicarse a la enseñanza y dictó Psicología en la Escuela de Lenguas Vivas. La ceguera de Borges era hereditaria por la línea de su padre. Como él sabía esto, leía mucho y trataba de memorizar todo. Pero desde muy chico a él le gustó siempre leer. En una oportunidad me contó que su padre lo llevaba a la Biblioteca Nacional y él, como era muy tímido, no se animaba a pedir nada, pero tomaba las enciclopedias que estaban al alcance de la mano de cualquier chico y las abría en cualquier parte. Comenzaba a leer y para él era fascinante porque siempre encontraba una sorpresa. Después incorporó los libros que iba leyendo. Lo interesante de su propia biblioteca es que tiene libros con notas suyas en las portadillas. Además eran libros que pertenecían, muchos de ellos, a su padre y a su abuela inglesa, por eso la mayor parte de los libros de su biblioteca están en inglés. Es muy insólito, porque tiene una semejanza con la biblioteca de Kipling, con temas, claro, distintos. Pero en la biblioteca de la casa de Kipling, no hay casi libros de Kipling. Hay libros de intereses diferentes, de mitología, de historia. Y con Borges pasa lo mismo. Tiene libros de los clásicos de literatura, naturalmente, pero no tiene libros de él, no quería libros de él. Por otra parte, son libros, por ejemplo, sobre ciencia; sobre filosofía, muchísimos; y hay uno que es muy emocionante porque es un libro que pertenecía a su padre. Es el único libro que tiene una nota en el margen de una página. Entonces, más o menos en la mitad del libro, uno lee, con signos de exclamación, « ¡Contradicción! ¡Ver tal página! ». Este es un libro bastante grueso, esa página era al comienzo del libro. Yo dije qué maravilla, qué atención ha prestado Borges leyendo este libro. Él tenía la costumbre de colocar su firma y después el año en que había leído el libro por primera vez, no siempre pero en general, y ese libro, por la fecha y por la letra, que era de una persona que debía ver bien, lo había leído por primera vez cuando tenía alrededor de 16 años. Entonces es una maravilla comprobar cómo un chico de 16 años tenía la atención fijada en la lectura como para darse cuenta, en un libro tan grande y tan complejo, que había una contradicción. Quiere decir que la atención de Borges al leer era extraordinaria. La biblioteca del padre de Borges fue para él un elemento decisivo en su formación y ahora está en el museo que tenemos en la Fundación Internacional Jorge Luis Borges.

—**María, ya que la nombraste, quiero que te refieras a esta institución, que creaste en Buenos Aires el 24 de agosto de 1988, cuya sede está en Anchorena 1660. Sé que es una hermosa casona que linda con la casa donde vivió la familia Borges entre los años 1938 y 1943, en la que escribió «Las ruinas circulares». ¿Qué es lo que te impulsó a organizar una fundación?**

—Creo que, esencialmente, me propuse dos tareas. La primera está relacionada con el hecho de que siempre he tratado que las obras de Borges sean lo más cercanas posible a no tener errores. Es un propósito muy difícil de conseguir porque siempre hay errores o tal vez erratas que hacen los editores, pero creo que es necesario evitarlas. Por ejemplo, en vida de Borges apareció un título que creaba confusión: «El jardín de los senderos que se bifurcan», con artículo, como si él lo hubiera olvidado. Borges me decía, como

entre divertido y enojado, que si bien él ya era como una especie de tótem, en realidad no lo leían porque así él no lo había escrito y que si lo leían nadie entendía su obra. «El jardín de senderos que se bifurcan» no tiene el artículo determinante no porque se había olvidado de colocarlo, sino que esa ausencia coincidía con su propósito de expresar la sensación de lo eterno, lo infinito. No se trata solo del agregado de un artículo, sino de no distorsionar lo que él realmente ha escrito y entonces llegar a la verdadera esencia de su obra. La otra tarea fue recoger todo ese material que Borges dejó como periodista, en diarios y en revistas desde los años 20, ya sea en su calidad de escritor o como traductor, con ese concepto que tenía Borges de expansión que marca toda su vida, con la que propició el acercamiento de unas culturas con otras. Si no hubiera sido gracias a la Fundación y la colaboración de muchos amigos de Borges, dispersos por el mundo, e incluso de muchos periodistas interesados, no se hubiera reunido ese material tan importante en una publicación, como fue *Los textos recobrados*. Justamente, la Fundación tiene como primer objetivo «Difundir la obra de Jorge Luis Borges para contribuir a su conocimiento y propiciar su correcta interpretación».

— **Borges dio clases de literatura argentina en varias universidades del mundo (Estados Unidos, Francia, Inglaterra), pero fue profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Buenos Aires. ¿Qué recuerdos te traen sus clases?**

— Yo debo decir que esperé que Borges se retirara de la Facultad para dar la materia, pues pensaba que no me gustaba que él me tomara examen, porque seguramente nunca iba a saber si había aprobado porque sabía o si había aprobado porque él me quería. Entonces, para evitar toda esa historia, yo esperé que él se fuera para rendir el examen final. Pasaron varios años y, cada vez que me preguntaba cuándo iba a hacer Literatura Inglesa, le decía «no sé, a lo mejor hago Alemana...».

— **¿Cómo era como profesor?**

— Ah, como profesor era divino, era una persona que tenía una paciencia infinita y, además, él nunca aplazaba. Recuerdo que siempre les preguntaba a sus alumnos qué libro habían leído, qué libro les había gustado. Entonces uno le decía, y él contestaba inmediatamente que le hablara sobre ese libro. Porque él pensaba que toda lectura, si no gustaba el libro, era inútil y que no podía ser la literatura una lectura obligatoria; uno tenía que elegir, del autor designado por el programa, el libro que a uno le gustara, no el que el profesor fijara. Así aprobaba siempre a todo el mundo. Recuerdo que solo una alumna fue aplazada porque se presentó a dar examen, pero se quedó muda. Borges, para ayudarla, le decía: «— César y...», y no contestaba, «— Romeo y...», y no contestaba... Entonces, el otro profesor que constituía el tribunal le dijo: «— Bueno, Borges, frente a esto, lamentablemente, tenemos que aplazarla porque ni siquiera recuerda cuáles son los nombres de los protagonistas, famosos en todo el mundo, más allá de la literatura». Así fue como esa alumna tuvo que ser reprobada por Borges. Pero fue la única.

— **Hay un tema recurrente en la obra crítica y literaria de Borges, que creo que se**

relaciona mucho porque forma parte de la cosmovisión que tenía del mundo y de la vida: es el laberinto. ¿Qué te parece mi apreciación?

—Sí, claro. Bueno, el laberinto, en realidad, es para Borges como la metáfora de la vida. Como todos quedamos muy marcados por las cosas que nos suceden, que nos interesan o que nos disgustan cuando somos muy chicos, parece que él, cuando descubrió en una de las enciclopedias que leía en la Biblioteca Nacional la palabra laberinto, sabiendo, por lo que le había contado su padre o su abuela, la historia de Teseo y del Minotauro, con una lupa trataba de ver, en el centro de ese laberinto, si podía encontrar al Minotauro, porque claro, era muy chico y creyó que sería posible verlo. Esta experiencia quedó grabada para toda su vida y es uno de los temas más importantes de su obra.

—**Sabemos que Borges y vos tuvieron larga vida en común, que pasó por distintos tipos de relación y que, a pesar de la diferencia de edad, surgió una historia maravillosa y compleja en la que los lazos de amor y de amistad permanecieron intactos hasta el final. Has sido la compañera inseparable de Borges durante los últimos veinte años de su vida pero lo conocías desde adolescente. Mi pregunta es: ¿cómo lo conociste y cuáles fueron los rasgos de su personalidad que más te acercaron a él?**

—Claro, yo comencé a estudiar con Borges el anglosajón cuando tenía 16 años y bueno, después la vida fue tejiendo otra historia, naturalmente.

—**Sí, pero yo me refiero a esa presentación primera, de un amigo de tu padre, cuando vos tenías...**

—...en realidad la primera aproximación que tuve a Borges, como dice en los romances españoles, fue «de oídas que no de vistas». Antiguamente, se adelantaba la belleza de la dama que querían casar con el caballero hablándole a él de ella. Por eso digo «de oídas que no de vistas». Bueno, resulta que conocí a una profesora, cuando yo tenía cuatro o cinco años, que se suponía que tenía que enseñarme inglés. Creo que no me enseñó inglés, pero aprendí muchísimas cosas con ella. Y tenía un sistema lindísimo. Ella me leía el libro que estaba leyendo, no libros para niños, y luego me hacía un resumen como para que yo lo entendiera. Entre esas cosas que ella leía, una tarde, me leyó los dos poemas ingleses que Borges le dedicó a una mujer, Beatriz Bibiloni Webster, de la que estaba perdidamente enamorado y con la que hablaba en ese idioma. Mi profesora los tradujo y a mí me llamaron la atención unas palabras, porque este hombre, o sea Borges, en uno de esos poemas le ofrece, a la mujer de la que está enamorado, su soledad, su fracaso, y termina diciendo «... y el hambre de mi corazón». Entonces yo, por supuesto una criatura, no entendía qué era «el hambre de mi corazón». La profesora me dijo que, cuando creciera, iba a darme cuenta e iba a entender que «el hambre de mi corazón» era el amor que ya me iba a llegar. Esta es la primera aproximación que tengo con Borges, porque me habían llamado la atención esas palabras. Luego, quería estudiar literatura, quería ser profesora y siempre escribía obritas de teatro que a fin de año representaba ante la paciencia de todo el mundo, mis osos y mis muñecas. Cuando yo tendría unos 12 años, un amigo de mi padre

que era fanático de Borges, consideró que si yo iba a estudiar literatura tendría que, por lo menos una vez, conocer a ese señor. Mi padre aceptó la propuesta y, a pesar de que dijo que yo no iba a entender nada, cosa que fue así, naturalmente, era interesante la experiencia. Entonces el amigo de mi padre me llevó a escuchar una conferencia que daba Borges. Lo increíble fue que a mí ese primer contacto con Borges me sirvió mucho porque siempre tuve dos problemas. Uno es que era muy muy tímida y, si había tres personas, yo no podía hablar; aun en mi casa, si había visitas, yo me escondía. A raíz de esto, más de una vez, pensaba cómo iba a enseñar si tuviera que hablar delante de 40 o 50 personas totalmente desconocidas; imposible. El otro problema es que yo no tengo volumen de voz, también por esto pensaba que nunca iba a poder dedicarme a la enseñanza, y para mí enseñar es lo más maravilloso que un ser humano puede brindar a otro: el conocimiento, la libertad de pensamiento y, con eso, la libertad. En esa ocasión veo a este señor (Borges) que avanza, la sala estaba repleta, y los tímidos nos reconocemos así como animales en la selva: me di cuenta de que era tímido. Inmediatamente me dije: este señor que es más tímido que yo; ¿cómo va a hacer para hablar delante de tanta gente? De pronto, él se sienta y comienza a hablar con una voz con menos volumen que el que yo tengo, y la gente estaba sin respirar, escuchándolo con suma atención. Entonces pensé que, si ese señor podía, yo tenía que poder. Esto me trajo a mí una paz interior enorme. Así que esa era la primera vez que lo veía, y él traía algo positivo a mi vida; es decir, yo también, aun con mis limitaciones, iba a poder lograr mi objetivo de enseñar delante de mucha gente.

Pocos años después lo encontré en una calle, me acuerdo, en una librería en Florida, y casi lo tiré al suelo, porque camino rapidísimo y soy distraída. Le dije: «Perdón». Y agregué:

—Yo lo he conocido cuando era chica.

—Claro —me dijo con cierta ironía— porque usted ahora es grande.

—Sí, sí.

—Entonces, ¿en qué trabaja?

—No, estoy en cuarto año del colegio.

—Ah, qué bien. ¿Y qué piensa estudiar?

—Letras.

A continuación me preguntó algo que, parece, ofrecía a todo el mundo, y todo el mundo salía despavorido:

— ¿Quiere usted aprender el anglosajón conmigo?

—Ah —le dije tratando de ser sabia—, es de Shakespeare...

—No, no, es del siglo IX, X.

—Entonces va a ser muy difícil eso, yo no creo que pueda.

—Pero yo tampoco sé. Podemos estudiarlo juntos.

Como yo siempre adoré las cosas disparatadas, acepté muy contenta. Y así comenzamos a estudiar anglosajón juntos. Nos encontrábamos en confiterías que hoy no existen, como *La Fragata*, *La Richmond* de Florida, y en distintos lugares. Él venía con el diccionario,

los libros, todo, y eso fue muy divertido. Ese fue mi primer contacto directo con Borges, cuando yo tenía 16 años y estaba todavía en la escuela secundaria. Me resultó una experiencia maravillosa.

—**Vos compartiste muchos viajes por el mundo con Borges. ¿Qué anécdotas, seguramente interesantes, tenés para comentarnos hoy a nosotros?**

—Hay infinitas, pero hay una que es muy graciosa. Fuimos a Egipto, teníamos un guía que era copto, estaba completamente loco y nos hacía reír todo el tiempo. Entonces Borges le dijo que quería pasar una noche en el desierto. El guía le dijo que él podía llevarlo y nos llevó una noche a las pirámides de Sakkhara. De pronto, escuchamos que silban, y yo no sabía que en las pirámides vivían personas que son como mendigos. Inmediatamente pensé lo que siempre me decían mis amigos, que tanto Borges como yo estábamos totalmente locos, no sé si él más loco que yo o yo más que él, y que ir a ese lugar solos con un guía era un riesgo muy grande. Cuando los vi aparecer le manifesté a Borges que esa gente no me gustaba nada. Había uno al que le faltaba una oreja, otro parecía un criminal, es decir, las cosas se estaba poniendo difíciles. Pero el guía copto seguía adelante y entramos a la pirámide. Entonces dos egipcios hicieron lo que nosotros llamamos «sillita de oro» (cuando se juntan los dos brazos de una persona con los dos de otra y se toman de las muñecas formando un lugar donde una persona, generalmente un chico, puede sentarse y a su vez asegurarse tomándose con sus brazos del cuello de sus portadores) para trasportar a Borges y que, así, no tuviera dificultad para desplazarse. Muy contento, Borges se sentó, y ellos empezaron a llevarlo corriendo. Entonces yo, horrorizada, le dije a Borges que tuviera cuidado con la cabeza, porque ellos entraban corriendo a la pirámide, y él, con la dificultad de que no veía, debía bajar la cabeza para no golpearse, porque la entrada era muy baja. Los egipcios se reían permanentemente y decían «Cabiza, cabiza....». Entonces Borges se dio vuelta y me dijo, con mucha picardía: «—María: es mejor no decir más cabeza porque, a lo mejor, debe ser una palabra obscena, por la forma en que ellos se ríen. Mejor no lo digamos más, y para que usted se quede tranquila, yo voy a bajar la cabeza».

Pero hay muchas anécdotas y, en todos los casos, nos divertíamos mucho con Borges. Siempre lo presentan como el hombre sombrío, el hombre erudito, el de los laberintos. Bueno sí, todo eso era cuando escribía, pero no era una persona sombría, era una persona profunda, que no es lo mismo que sombría; yo no hubiera soportado una persona sombría. Además, como todo ser muy inteligente, era un ser muy sensible.

—**En octubre de 1985 Borges escribió un prólogo para la publicación de sus diálogos con el poeta y periodista Osvaldo Ferrari, de la editorial Sudamericana de Buenos Aires. En él le atribuye a los griegos «la mejor cosa que registra la historia universal: el descubrimiento del diálogo». ¿Por qué le atribuía esta importancia al diálogo? ¿Qué lugar le dejaba, en su profunda sabiduría, a las certezas y qué valor le otorgaba a las dudas o a las conjeturas?**

—Borges decía que la inteligencia estaba dada por las dudas, por las conjeturas, pero

sobre todo por las dudas. Para él eso era importante, porque dudar era tratar de averiguar, era tratar de sacar lo positivo de algo o, en fin, darse cuenta de las cosas. Y para él el diálogo era lo fundamental, porque la palabra es la que nos hace seres humanos y, a través de la palabra, nosotros podemos entendernos, podemos conversar, podemos comprendernos, como lo estamos haciendo ahora...

—... justamente haciéndole honor a lo que quiere decir la palabra «diálogo», de acuerdo con su origen (del griego: *διά*, 'a través de', y *λογος*, 'palabra'). En ese mismo prólogo, Borges dice que los griegos disintieron, persuadieron, cambiaron de opinión tal vez ayudados por su mitología, que era «como el Shinto, un conjunto de fábulas imprecisas y de cosmogonías variables». Aquí destaco la aparición del shinto en su discurso. ¿Qué te trae a tu memoria esta palabra?

—Bueno, el sintoísmo es una religión japonesa. Esta religión es muy libre, no es autoritaria, uno puede ser sintoísta y católico; digamos que no queda afuera del sintoísmo por ser católico o protestante o budista. Ellos tienen ocho millones de dioses. Nosotros estuvimos con Borges en Matsué, que es una ciudad de Japón, donde creo que está el templo más antiguo de madera construido en el mundo, y allí hay una serie de casitas que nuestro guía nos decía que eran las casitas donde veraneaban los dioses. Es decir, siempre hay un momento durante el año en que las religiones paganas, y tal vez también las cristianas, quedan sin dioses; los dioses veranean, se olvidan de la gente, descansan; o también, para el cristianismo, el hecho de la muerte de Cristo en la Cruz, que es parecido. Recientemente, estuve en Jerusalén [mayo de 2014], y es una cosa muy impresionante ver ese momento de celebración en el año, porque allí conviven pacíficamente creyentes de distintas religiones. Así es el sintoísmo, y como mi padre era sintoísta, a mí me educaron de una manera muy especial, un poco esquizofrénica, entre una abuela ultracatólica y cerrada y un padre que era sintoísta. Es decir, me educaban desde dos cosas así, diametralmente opuestas. Pero eso también hizo que yo tuviera una amplitud de criterio bastante grande...

—...y, como vos dijiste, el sintoísmo es sumamente abierto, y tu padre lo era. El sintoísmo y el catolicismo son dos religiones que pueden convivir en la formación de una persona, sobre todo después de la apertura que significó también para el cristianismo el Concilio Vaticano II...

—... claro, ahora sí, por suerte es así.

—Tal vez el hecho de que Borges se interesara por literaturas extranjeras y temas universales y de orden metafísico ha dejado a un lado su genuino interés por temáticas de índole nacional. En este sentido los textos que escribió sobre motivos de la literatura gauchesca, tanto los ensayos, los poemas o los cuentos, son muy valiosos. Su apreciación es aguda y original. Sus versos son poéticos. Sus relatos, hermosos y enriquecedores. En la literatura gauchesca, que tiene como centro la figura del gaucho, creo que Borges detectó un concepto que lo acompañó hasta su muerte: el culto al coraje, la valentía serena y desinteresada de ese personaje. ¿Qué pensás sobre esto?

—Borges admiraba el valor, el coraje. Sobre todo, él tenía esa larga formación, ya que sus antepasados eran militares, gente que había participado en la Independencia. Por ejemplo, su bisabuelo materno, el Coronel Manuel Isidoro Suárez, es un héroe en el Perú porque les ganó a los españoles. Cuando ya perdían la batalla de Junín, entró con una carga de caballería (tendría 14 años, en esa época empezaban muy pronto a ser adultos) y logró la libertad del Perú. Borges nació en 1899, y las personas que lo educaron, su padre, su madre y su abuela inglesa, pertenecen al siglo XIX. Entonces él va a tener los principios que caracterizaron a ese siglo con respecto a la ética, la lealtad, el valor. Por eso Borges tenía un marcado interés por el culto del valor, del coraje, sobre todo de la valentía, ¿no? Incluso hasta su muerte.

—En relación con esto que acabás de decir, ¿cómo fue la formación de Borges en un sentido amplio, no solo académico o sistemático?

—Borges tuvo una formación muy especial. Por una parte, de su padre recibe una educación filosófica desde niño, adaptada de manera práctica. Por su abuela inglesa y protestante, que sabía versículos de memoria y se los enseñaba, tuvo contacto con la Biblia. De manera que también tenía una educación religiosa. Por otra parte, ocupa un lugar preponderante en su formación su avidez por la lectura desde niño, aprovechando los libros de la biblioteca de su padre, muchos en inglés. Entonces él se cría, de entrada, con dos lenguas, la inglesa para comunicarse con su abuela y leer libros y la española, también para leer y para comunicarse con sus padres, y con todo un sistema de educación que, con el tiempo, le van a permitir decantar en una literatura extraordinaria. La obra de Borges no solo es literatura fantástica. La obra de Borges tiene debajo el entretrejo de todos los sistemas filosóficos que él ha leído y de todas las religiones que a él le interesaban. Eso es algo que, de alguna manera, toca lo más profundo de cada ser en forma diferente. Esto hace que lo que él escribió, que no es algo lineal, continúe interesando como todos los clásicos. Por otra parte, en muchos casos su obra ha despertado el interés de los científicos porque, como ha ocurrido con otros escritores, a veces Borges se anticipa a lo que después son conceptos corrientes de la realidad cotidiana.

—Pasando a otro tema, sabemos que el diseño de la lápida que está donde descansan los restos de Borges en el cementerio de Plainpalais, también llamado el cementerio de los reyes, en Ginebra, fue una decisión que tomaron en conjunto para que quedara algo como recuerdo del mágico encuentro de ustedes. Contános por qué surgió la muerte como tema de conversación y cómo decidieron que hubiera una lápida con esas características. ¿Él te la pidió? ¿Seleccionó con vos los motivos del diseño?

—Borges era una persona un poco como los estoicos, que sabía que la muerte es para todos, que en algún momento llega, pero no tenía temor o no tenía angustia por eso. Yo supongo que eso también se debía a que él, aunque no quería reconocerlo o quizá no se lo reconocía a sí mismo, de alguna manera, subconsciente o inconscientemente, sentía que había cumplido su destino, la vocación que sintió cuando era chico, el destino de ser

escritor. Y eso es muy interesante porque Borges, cuando hablábamos sobre la muerte, me manifestaba que, para él, de todas las formas posibles, la más lógica era la reencarnación. Entonces me decía que nos prometiéramos que, si existía la reencarnación, íbamos a reencontrarnos. Y yo le decía que sí, que por supuesto íbamos a reencontrarnos, pero que yo tenía que ser sincera, como es mi hábito, y que, si había una reencarnación en la próxima vida, yo iba a ser científica. Él, desesperado, me decía que por favor no le dijera eso, porque él quería volver a ser escritor, así como Spinoza, fiel a su esencia. Si nos reencarnábamos, él quería volver a ser escritor y, si él era escritor y yo científica, ¿cómo nos íbamos a encontrar? Entonces yo le respondí: «—Sea usted científico, esta vez me tocó a mí la historia, la próxima vez a usted». Supongo que él pensaba que, si había reencarnación, yo iba a aceptar seguir estudiando literatura, y él, no ciencia. Como se darán cuenta, nos divertíamos mucho con todo eso; o sea, él no tomaba el tema de la muerte de una manera terrible o dramática o con miedo, ¿no? Pero sí, un poco hablamos sobre ese tema y quedamos en que lo que él quería era una cosa sencilla, pero que, de algún modo, recordara nuestro encuentro. Por eso, en la lápida, el anverso tiene la reproducción del primer regalo que él me hizo, que, naturalmente, era un libro de literatura anglosajona, donde, en la tapa, estaba la figura de un escudo que se encontró al norte de Inglaterra y tiene unos guerreros que están en actitud de luchar, con las espadas rotas. Eso quería decir que, a pesar de tener las espadas rotas, ellos querían morir porque así defendían su honor e iban a acompañar a su señor derrotado y muerto en batalla. Después, la frase que está en anglosajón, *and ne forhtedon nā*, que significa ‘...y que nada temieran’, ha sido traducida o inventada de cualquier forma, pero tiene ese sentido simbólico que encierra. Del otro lado de la lápida, hay una nave vikinga con la proa hacia el Este, hacia donde el sol sale, y tiene una inscripción: «De Ulrica a Javier Otálora», que es mi dedicatoria en la que, en lugar de poner el nombre de él y el mío, puse los nombres que nos dábamos, Ulrica y Otálora, que hacen referencia a los protagonistas de «Ulrica», ese cuento maravilloso de *El libro de arena* que él me dedicó secretamente... y bueno...

—... precisamente te iba a preguntar ¿qué mensaje encierra esa dedicatoria «De Ulrica a Javier Otálora»?

—Justamente es eso, uno de los nombres, es decir, uno de los tantos nombres que nos dábamos en la intimidad, como todas las parejas enamoradas que se cambian los nombres, ¿verdad?

—Algo más respecto de la lápida, porque creo que todo lo que se ve en ella es muy interesante y está cargado de misteriosos simbolismos. Me llamó la atención que haya una cruz con sus fechas. ¿Por qué elegiste colocar una cruz, siendo ambos agnósticos, y por qué esa cruz anillada, que es de tradición cristiana anglosajona?

—Sí, elegí esa cruz anglosajona por su abuela inglesa protestante y también por su madre, que era católica, porque su madre le había hecho jurar que siempre iba a decir por las noches el padrenuestro y él así lo hacía siempre. Lo recitaba en anglosajón. La cruz

hace referencia a esta formación que le dieron ambas.

—Bueno, María, ahora vamos a pasar a leer las preguntas que, según lo que habíamos anunciado, formuló el público. Algunas ya están contestadas. Leeré solo las que se refieran a temas no tratados hasta aquí.

1) *¿Tenía Borges libros preferidos? ¿Cuáles eran?*

—Le gustaba mucho Emerson, los poemas de Emilie Dickinson, Virgilio, la *Divina Comedia*. Él tenía un montón de ediciones de distintos años para poder seguir la traducción de la *Divina Comedia*, es decir, él tenía las primeras ediciones y después compraba otras para tener las diferentes traducciones y así poder comparar y ver cómo las hacían, porque a él le interesaba mucho la traducción y también porque corregía una y otra vez. También tenía varias ediciones del *Quijote* y muchos libros de filosofía.

2) *¿Borges conocía o consideraba algún escritor brasileño como referencia de su obra o que le haya interesado?*

—Yo no recuerdo en este momento pero...

—... toma a Río Grande do Sul como referencia en algunos cuentos, como por ejemplo en «El muerto»...

—... sí, como lugar le interesaba y, además, él decía que, de Brasil, lo que le atraía era el *mato grosso*, un sitio aún insondable, misterioso, infinito...

—...laberíntico, acorde con sus concepciones...

—...sí, y después estuvimos varias veces en Brasil, en San Pablo, en Río también. Él disfrutaba mucho de estos paisajes.

3) *¿Cómo está presente la pampa en la obra de Borges y cuál es el significado que él le daba?*

—La pampa, para él, era el espacio sin fin, como un desierto, una cosa infinita, y le interesaba por eso. En sus cuentos aparece, muchas veces, ese espacio de la pampa con sus habitantes, los gauchos. Sentía esa atracción que para él ejercía todo lo que fuera sin principio ni fin, ¿no?; es decir, ese interés que está presente, por ejemplo, en *El libro de arena*, esa fascinación que él sentía por *Las mil y una noches*, todo eso que es como sin principio ni fin y que, a la vez, es cíclico; por eso mismo no tiene ni principio ni fin, como la anfisbena, se muerde la cola y es como una sola cosa y es infinita también.

4) *¿Cómo era Borges traductor? ¿Tenía algún método especial de traducción?*

—Bueno, lo que yo puedo decir es que era fascinante trabajar con él en las traducciones. Las que hicimos juntos, para él, eran «nuestro certificado de fin de estudios». Yo no quería firmarlas, y él decía que no podía ser porque eso realmente lo habíamos hecho juntos y, en consecuencia, era nuestro certificado de fin de estudios. Hicimos las traducciones de la *Breve antología anglosajona* y la de *Gylfaginning, La alucinación de Gylfi*. Era muy interesante porque comenzábamos a traducir buscando en los diccionarios, discutíamos qué palabra era mejor para elegirla, y luego; también, a él le gustaba muchísimo digamos, una vez que hacíamos una oración, darla vuelta, volver a verla, corregirla todo el tiempo. Entonces resultaba realmente un trabajo muy interesante porque, junto con la traducción,

una palabra le despertaba el interés de otras, y así podíamos tardar no sé cuánto tiempo en volver a la traducción en sí.

5) *¿Qué importancia le daba él a la traducción? ¿Consideraba que era necesaria para ser escritor?*

—Borges, por ejemplo, aprendió el alemán solo, con un diccionario y un libro de poemas de Heine para poder leer a Schopenhauer. Una vez que pudo leerlo, entró en el budismo, que ya conocía por lecturas, pero llegó de una manera más profunda cuando aprendió el alemán. La tarea de traducción en él no era lo fundamental. Traducía cosas que a él le gustaban o que había leído y quería compartir con otros. Yo también creo que traducir es muy lindo porque le da la posibilidad a otra gente de conocer algo que a uno le gustó o que considera importante. Pero Borges consideraba que la base de un escritor, y de toda persona en general, es la lectura. Para él era fundamental leer cuanto se pudiera.

— **Considerando las permanentes correcciones a las que Borges sometía a sus escritos, alguna vez me comentaste la dificultad que tenían los editores de sus obras. Contanos por qué, hace un rato, dijiste que Borges volvía locos a los editores, ¿qué sucedía?**

—Ah sí, porque corregía muchísimo. Él dictaba a la persona que tenía a mano cuando ya no podía escribir y luego corregía, una y otra y otra vez. Entonces digamos, cuando el editor le decía: «—Bueno, Borges, ya no vamos a corregir más; lo siento, maestro, ya está en imprenta». Borges le respondía: «—Bueno, bueno. Cuando salga la segunda edición, me avisa porque así corregimos». Un día me dijo un editor, desesperado: «—Yo no sé si es mejor dejar que siga corrigiendo al infinito o que después me resulte peor, porque entonces empieza a corregir toda la obra de nuevo». Sí, en verdad, era un poco problemático para ellos.

6) *¿Qué trabajo de investigación hacía Borges para escribir sus cuentos gauchescos?*

—Él había leído por su cuenta toda la literatura gauchesca. Lo que él decía es que era gracioso que la gente tomara realmente eso como si fuera literatura de gauchos, pero que en realidad esa literatura gauchesca estaba escrita por abogados, por médicos, es decir, por gente que recreaba la lengua. Muchos de ellos, que eran estancieros y entonces tenían un trato más directo con el habla de los gauchos, la remedaban. Borges retoma toda esa tradición y la continúa, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Borges leyó y escribió mucho sobre literatura gauchesca, el gaucho, su ámbito, sus costumbres y la tradición. También se ocupó de la continuidad que le dieron a la gauchesca los escritores criollistas. En realidad, no escribió cuentos gauchescos, sino que recreó motivos propios de esa literatura, como, por ejemplo, el célebre cuento «El fin», que se inspira en un episodio de *Martín Fierro*.

7) *Borges fue un lector de historia. Era lector de historia argentina y mundial. Como lector, ¿apreciaba los textos de historia?*

—La historia argentina era parte de su vida porque desde chico le habían contado de sus antepasados, que habían formado el país y habían luchado por él. Entonces eso de la

historia argentina le interesaba. La historia mundial también, de algunos países más que de otros, naturalmente, pero sí, tenía un genuino interés por la historia.

8) *En las entrevistas con Antonio Carrizo, Borges se muestra poco interesado en el tango y no amante de la milonga. ¿Hasta qué punto Borges sentía desapego por el tango?*

—Al contrario. A Borges le gustaban los tangos de la guardia vieja que no tenían letra y las milongas también le gustaban porque decía que las milongas, en la época en la que él era joven, tenían letras con doble sentido, que eran muy divertidas. En cambio, lo que a él le molestaba de las letras de tango era que algunas resultaban demasiado sentimentales. Por ejemplo, no le gustaba Gardel, porque para él, Gardel había arruinado al tango, lo había hecho sentimental y llorón, y como él no tenía ninguna de esas dos cualidades, no le gustaba. Además decía que, en la Argentina, la gente era muy *snob* porque cuando él era chico, los tangos se bailaban entre hombres. Ninguna mujer, aunque fuera una prostituta, aceptaba bailar tango porque era un baile como lascivo, y una cosa era lo que esa mujer hacía con un cliente entre las cuatro paredes de un cuarto y otra cosa era mostrarse de esa manera. Pero me decía Borges que, cuando el tango fue aprobado en París, entonces no solamente las prostitutas, sino las mujeres de la sociedad se largaron para aprender a bailar el tango. Por eso él consideraba que eso era un *snobismo*.

9) *¿Borges conocía algo de música gaucha de Río Grande do Sul?*

—Yo supongo que sí, porque, cuando era muy joven, viajaba mucho al Uruguay y también a veces se ponía en contacto con la gente de Brasil que sus amigos uruguayos conocían. Es decir, no estoy segura, pero yo supongo que sí.

—Bueno, doy por concluida esta actividad y asumo la palabra de quienes están aquí presentes, en especial de las autoridades del II Seminario Internacional de Lengua, Literatura y Procesos Culturales, de las autoridades de postgraduación y de las autoridades del rectorado de esta Universidad de Caxias do Sul, y te digo: María, ¡muchas gracias!

—Muchas gracias a ustedes.